

sin embargo siguen viviendo juntos, entonces sobreviene una existencia infernal y las víctimas de semejante tortura no tienen otro remedio á sus males que la embriaguez ó el suicidio.

Todos guardaron silencio; nos encontrábamos en una situación violenta.—Sí, no puede negarse que en algunas ocasiones la vida marital termina por una tragedia espantosa. Vean ustedes, por ejemplo, el caso de Posdnicheff (dijo el abogado, queriendo desviar la conversación de aquel terreno inconveniente y demasiado excitante). ¿Han leído ustedes cómo mató á su mujer por celos?

La señora contestó que no había leído nada sobre ese crimen. El caballero nervioso no desplegó los labios, y cambió de color. De repente dijo: Veo que ha adivinado usted quién soy.—No, no he tenido ese gus-

to.—El gusto no es muy grande. Yo soy Posdnicheff.

Nuevo silencio. Posdnicheff se sonrojó, y volvió á palidecer en seguida.—Después de todo nada importa. Ustedes dispensen, no quiero molestarlos.

III

Volví á sentarme en mi asiento. El abogado y la señora cuchicheaban. Yo estaba sentado junto á Posdnicheff, y guardaba silencio. Tenía deseos de hablarle, pero no sabía por dónde empezar, y así pasó una hora, hasta la próxima estación, en la cual se quedaron el abogado, la señora y el viajante. Posdnicheff y yo nos quedamos solos.—¡Lo dicen, pero mienten ó se engañan! exclamó Posdnicheff.—¿De que habla usted?—Pues... siempre de lo mismo.

Apoyó los codos en las rodillas, y se apretó las sienes con las manos.— ¡El amor, el matrimonio, la familia!... ¡Mentira, mentira y mentira!

Luego se levantó y, corriendo la cortinilla, volvió á echarse sobre el asiento. En esta postura permaneció silencioso más de un minuto.—¿Le es á usted desagradable estar conmigo, sabiendo quién soy?—¡Oh! ¡De ninguna manera!—¿No tiene usted sueño?—Absolutamente.—Entonces ¿quiere usted que le cuente mi vida?

En este preciso momento entró el revisor de billetes. Mi interlocutor le dirigió una mirada llena de enfado, y no dió comienzo hasta que estuvo fuera. Después siguió su relato sin detenerse.

Al tiempo de hablar, su cara se inmutó varias veces de una manera tan completa, que, en cada una de sus transformaciones, no ofrecía nada de

semejante con la cara del momento anterior. Los ojos, la boca, el bigote, hasta la barba, todo era nuevo, y siempre una fisonomía bella y conmovedora. Estos cambios tenían lugar en la media sombra que nos rodeaba súbitamente: durante cinco minutos se estaba viendo un semblante; pero, en seguida, sin saber cómo, tornaba á cambiar, y quedaba enteramente desconocido.

IV

¡Sea! Voy, pues, á contarle todos mis infortunios y la historia espantosa de mi vida. Sí, espantosa; y la historia misma es más espantosa que su sangriento desenlace.

Se pasó la mano por los ojos, y empezó, después de una pausa:—Para la debida inteligencia, hay que con-

tarlo todo desde el principio; hay que explicar cómo y por qué me casé, y hay que decir lo que era yo antes de mi matrimonio. Empezaré diciéndole cuál es mi condición. Hijo de un rico hidalgo de la estepa, antiguo mariscal de la nobleza, fuí alumno de la Universidad, licenciado en Derecho. Me casé á los treinta años. Pero antes de hablarle de mi matrimonio, quiero contarle la vida que llevaba de soltero y las falsas ideas que en aquel tiempo abrigaba sobre el matrimonio. Yo llevaba la misma existencia de tantos otros que presumen de personas de distinción, es decir, una existencia relajada y llena de vicios, á pesar de lo cual estaba muy convencido de ser hombre de una moralidad intachable.

La idea que tenía de mi moralidad dimanaba de que no se conocían en mi familia esas disposiciones especia-

les, tan comunes en la esfera de nuestros nobles propietarios territoriales, pues todos mis deudos permanecían fieles al juramento de fidelidad que habían hecho ante el altar. De esa suerte me había forjado desde la infancia el sueño de una vida conyugal elevada y poética. Mi esposa sería un dechado de todas las virtudes; nuestro mutuo cariño, inquebrantable; la pureza de nuestra vida conyugal, immaculada. Así pensaba yo, muy engreído con la nobleza de mis proyectos.

Pasé diez años de mi vida de adulto sin darme prisa por contraer matrimonio, y haciendo lo que yo llamaba la vida tranquila y juiciosa del soltero. No era un seductor, no tenía apetitos contra naturaleza, ni convertía la disolución en objeto principal de mi vida, sino que participaba del placer sin ofender las convenien-

cias sociales, y me creía ingenuamente un sér moral en extremo. Las mujeres con quienes tenía relaciones no pertenecían á nadie más que á mí, y yo no les pedía otra cosa que el placer del momento.

En todo esto no veía nada de anormal, sino que por el contrario me felicitaba de no formar lazos duraderos á mi corazón, mirando como una prueba de honradez el pagar siempre con dinero contante. Huía de las mujeres que podían estorbar mi porvenir enamorándose ó dándome un hijo. No vaya á creerse que dejó de mediar algún hijo ó un pasajero amor, pero yo me las arreglaba de modo que no llegué una sola vez á enterrarme...

Y viviendo así, me reputaba un hombre honrado á carta cabal. No comprendía que los actos físicos por sí solos no constituyen la relajación,

sino que ésta consiste más bien en emanciparse de todo lazo moral respecto de una mujer con quien se tienen relaciones carnales, ¡y yo miraba como un mérito *esa emancipación!* Recuerdo que una vez me inquieté seriamente á causa de haber olvidado pagar á una mujer, cuyas caricias, sin duda, las inspiró el amor y no el interés. No me quedé tranquilo hasta demostrarle que no me creía sujeto á ella por ningún lazo, enviándole el dinero. No mueva usted la cabeza como si estuviese de acuerdo conmigo (exclamó de pronto vehementemente); ya conozco esas ilusiones, todos en general, y usted en particular, si no es una rara excepción, tienen las mismas ideas que yo tenía entonces; y si está usted de acuerdo conmigo, es sólo ahora; antes no pensaba usted así. Tampoco pensaba así yo; y si hubiera tenido quien me contara lo

que yo ahora le cuento, no me habría sucedido lo que ha pasado. Pero, en fin, la cosa no es para tanto; usted dispense (continuó); la verdad que es espantoso, espantoso, espantoso este abismo de errores y de disolución en que vivimos frente al verdadero problema de los derechos de la mujer... —¿Qué es lo que usted entiende por el *verdadero* problema de los derechos de la mujer?—El problema de lo que es ese sér especial, organizado de distinto modo que el hombre, y cómo ese sér y el hombre deben mirar á la mujer...

V

Durante diez años, viví en el desorden más repulsivo, soñando en el amor más noble, y hasta en nombre de ese amor. Sí, antes de contarle cómo he asesinado á mi mujer, he de

decirle de qué modo me he pervertido. La maté antes de conocerla: maté á *la* mujer desde el momento en que hube saboreado los deleites de la sensualidad sin amor, y con eso y, *desde entonces*, maté á *la mía*. Sí, señor, no he comprendido mi crimen y el origen de todas mis desgracias sino después de haberme atormentado y de haber vivido largo tiempo en continuo suplicio. Vea usted, pues, dónde y cómo empezó el drama que ha acarreado mi desgracia.

Hay que remontarse á la época en que tenía diez y seis años, cuando estaba todavía en el colegio y mi hermano mayor estudiaba el primer curso. Aunque en aquella época no andaba yo aún en tratos con mujeres, no era inocente ni mucho menos, como ocurre con todos los infelices niños de nuestra sociedad; hacía más de un año que me habían abierto los ojos

algunos mozalbetes, amigos míos, y que me torturaba la idea de la mujer, no como se quiera, sino la idea de la mujer como algo infinitamente delicioso, la idea de la desnudez de la mujer. Mi soledad no era ya pura. Vivía en un suplicio como seguramente le habrá pasado á usted y al noventa y nueve por ciento de nuestros muchachos. Sentía un vago espanto, oraba á Dios y me prosternaba.

Estaba ya pervertido en imaginación y en la realidad, pero me faltaba dar los últimos pasos. Me perdía á mis solas, mas sin haber puesto las manos todavía en otro sér humano. Todavía era tiempo de salvarme, cuando he aquí que un amigo de mi hermano, un estudiante muy alegre, de los que se llaman mozos de chispa, es decir, uno de los mayores bribones, al que debíamos ya el saber beber y ju-

gar á las cartas, se aprovechó de una noche de embriaguez para arrastrarnos. Fuimos. Mi hermano, tan inocente como yo, cayó esa noche... Y yo, un monigote de diez y seis años, me manché igualmente y contribuí á la deshonra de la mujer, sin comprender lo que hacía; nunca he pensado que cometiese por ello una mala acción. Verdad es que hay diez mandamientos en la Biblia; pero los mandamientos no son más que para recitarse delante de los curas, y no tan exigidos siquiera como los preceptos sobre el uso del *ut* en las proposiciones condicionales.

De modo que yo no he oído nunca á los mayores, cuya opinión respetaba, que aquello fuese reprehensible; al contrario, muchas personas me decían que había hecho bien, que, después de ese acto, se calmarían mis luchas y mis sufrimientos: eso lo he

oído ó lo he leído. He oído á las personas mayores que era saludable y mis amigos creían ver en eso cierta audacia merecedora de aplauso. Así, pues, el hecho era enteramente loable. En cuanto al peligro de una enfermedad, no hay que temer; ¿no se cuida de ello el gobierno? El rige la marcha regular de las casas públicas, asegura la higiene de la corrupción en beneficio de todos nosotros, jóvenes y viejos, y se encargan de esta vigilancia médicos retribuidos. ¡Perfectamente bien! Afirman que el libertinaje es provechoso para la salud, é instituyen una corrupción regular. Sé de algunas madres que vigilan para que la salud de sus hijos no se altere por lo que á este caso hace referencia. ¡Y la ciencia misma los envía á los lupanares!—Pero ¿por qué dice usted la ciencia? pregunté.—Los médicos son los sacerdotes de la cien-

cia. ¿Quién pervierte á los jóvenes afirmando tales reglas de higiene?

¿Quién pervierte á las mujeres ideando y enseñándoles medios de no tener familia? ¿Quién cuida la enfermedad? ¡Ellos!—Pero ¿por qué no cuidar la enfermedad?—Porque cuidar la enfermedad es dar carta blanca á la disipación.—No, porque entonces...—Sí; que una centésima parte de los esfuerzos que se gastan en curar la enfermedad se emplease en curar la lascivia, y hace mucho tiempo que no existiría la enfermedad; mientras que ahora todos los esfuerzos se consumen, no en extirpar la disipación, sino en favorecerla, combatiendo sus consecuencias. Pero, en fin, no se trata de eso; se trata de que yo, como la mayoría de los hombres de nuestra clase, incluso los aldeanos, he pasado por el horrible trance de caer, y no porque me subyugase la

seducción natural de una mujer cualquiera; de ningun modo; caí en el lazo porque no veía en ese hecho degradante más que una función legítima y útil para la salud, porque otros no veían en él más que una expansión natural, excusable, y hasta inocente en un joven. Yo no comprendía que aquello fuese una caída y empecé á entregarme á esos placeres que creía característicos de mis años, de la misma manera que empecé á beber y fumar.

Y, á pesar de todo, había en esa primera caída algo singular y conmovedor. Recuerdo muy bien que allí mismo, sin salir del cuarto, me invadió al punto una tristeza tan profunda, que me daban ganas de llorar: ¡de llorar la pérdida de mi inocencia, la destrucción para siempre de mis relaciones con la mujer! Sí, mis relaciones con la mujer quedaban des-

truídas para siempre. Yo no podía tener relaciones puras de allí en adelante. Me había trocado en un sér voluptuoso, y la voluptuosidad es un estado físico semejante al del morfinómano, del fumador y del borracho.

Así como los hombres en este estado no son seres normales, de igual manera el que ha conocido varias mujeres para el placer, no es ya tampoco un hombre normal. Es anormal para siempre, es un voluptuoso. Y así como cabe conocer al borracho y al morfinómano por la fisonomía y los modales, así también cabe conocer al voluptuoso. Puede contenerse, puede luchar; pero no volverá á tener nunca con las mujeres relaciones sencillas, puras y fraternales. En la manera de mirar á una joven se puede reconocer al voluptuoso, y yo me

volví voluptuoso y lo he sido siempre desde entonces, lo confieso con entera franqueza.

VI

Sí, esto fué así y siguió siéndolo durante mucho tiempo. ¡Dios mío! Cuando acude á mi memoria el recuerdo de mis malas acciones, háceme estremecer el espanto al pensar en las pesadas bromas que me hacían mis compañeros burlándose de mi inocencia. ¡Y cuando veo á la juventud que llaman dorada, en los militares, en los parisienses! ¡Cuando pienso en el aire digno que tenemos todos nosotros, vividores y calaveras de treinta años, con la conciencia llena con el recuerdo de mil terribles crímenes, al penetrar en un salón de baile, en una reunión, recién afeitados, adornados con la blancura resplandeciente de

nuestras camisas y con frac ó uniforme! ¡Qué ideal de pureza! ¡Un verdadero sueño!

Reflexionemos un momento acerca de lo que esto es y de lo que debería ser. Cuando uno de esos libertinos se acerca á mi hermana ó á mi hija estando enterado, como lo estoy, de su vida, debería yo llamarle y decirle: «Amigo mío, sé que eres un libertino y en qué compañía pasas las noches, y debo decirte que tu puesto no está aquí al lado de las jóvenes inocentes». Eso es lo que debería decirsele. ¿Y qué es lo que por el contrario sucede? Que cuando se presenta uno de esos tipos y baila con mi hermana ó con mi hija, pasándola el brazo por el talle, nos sonreímos muy satisfechos, sobre todo si se trata de un hombre rico y bien emparentado... ¡Qué asco! ¡Pero muy pronto ha de llegar un día en que todas esas cobardías y esos

embustes se desenmascaren y se borren!

De esta manera viví hasta los treinta años, teniendo como una obsesión la idea del matrimonio y de la familia. Observé á todas las jóvenes casaderas de la comarca, y no obstante ser un vicioso y un libertino, atrevíame á buscar aquella cuya pureza podría convenirme. Al cabo, fijé mis miradas en una de las dos hijas de un hacendado de Penza, hombre que había sido rico en otros tiempos y á la sazón arruinado. A decir verdad, me atraparon y caí en una ratonera. La madre, pues el padre había muerto, me preparó una porción de emboscadas, y en una de ellas caí; fué en un paseo en barca. Una noche, al regresar de uno de esos paseos, iluminándonos la hermosa claridad de la luna y cuando nos faltaba poco para llegar al término del viaje, hallábame

sentado á su lado y no podía apartar mis miradas de su talle esbelto, de sus formas que hacía resaltar un jersey muy ceñido y de los sedosos bucles de sus cabellos rubios, y lo comprendí de pronto, era ella la elegida.

Se me figuró que mis pensamientos y mis sentimientos elevados encontraban un eco elevado en ella, cuando en realidad no estaba seducido más que por su talle y su cabello, y aparte de esto, la intimidad de todo el día había hecho germinar en mí el deseo de otra intimidad aun mucho más grande. Desbordándose del alma impresiones exquisitas y convencido de que aquella joven era la perfección personificada, la creí digna de ser inmediatamente mi esposa. Al día siguiente hice mi petición matrimonial.

Este es un mal que no tiene reme-

dio. Nos hallamos sumidos en un abismo tal de embustes, que es necesario, para que nos enteremos de la verdad, que nos caiga una teja sobre la cabeza, como me sucedió á mí; ¡qué situación más embrollada! Entre mil futuros esposos, lo mismo entre los pertenecientes al pueblo, como en nuestra clase, costaría mucho trabajo hallar uno solo que no haya estado en contacto con mujeres lo menos una docena de veces. Según parece, hay hoy jóvenes castos que comprenden y saben que este asunto no es una broma, sino una cosa sumamente seria. ¡Que Dios los proteja! En mi época no se encontraba más que uno por mil.

Todos lo saben, y sin embargo, obran como si lo ignorasen. En las novelas se describen, hasta en sus menores detalles, los sentimientos de los héroes, las fuentes, los matorrales

y las flores. Al describir sus amores, no dicen ni una palabra acerca de su vida anterior, ni de sus visitas á las casa públicas, ni de sus persecuciones á las doncellas, cocineras y á la mujer ajena. Si se escribiesen novelas como éstas, no las dejarían leer á las jóvenes, porque los hombres ocultan sus pensamientos, no sólo á ellos mismos, sino á las jóvenes. Al oírlos, se creería que no existe esa vida corrompida de las grandes ciudades, y hasta de las aldeas populosas; ese libertinaje en el cual todos se encenagan con voluptuosidad. Y lo dicen con una apariencia de convicción tal, que se persuaden á sí mismos, y las pobres muchachas lo creen también. Este fué el caso de mi desventurada mujer.

Me acuerdo de que un día, cuando aun no éramos más que novios, la enseñé mis memorias, poniéndola así

al corriente de mi vida pasada, y con especialidad de las últimas relaciones que había tenido y que creí era mi deber dárselas á conocer. Cuando comprendió lo que significaba lo que la revelaba, su terror y su desesperación fueron tan grandes, que creí llegado el momento en que renunciaba á casarse conmigo. ¡Qué dicha más grande hubiese sido para los dos!

Callóse Posdnicheff y luego añadió:

—Vale más, no obstante, que haya sido así, pues obtuve lo que tenía merecido; pero no nos detengamos en esto. Lo que quería decir, es que las pobres jóvenes son las engañadas en este caso y las madres lo saben porque los maridos no ignoran lo que ocurre. Fingen una creencia grande en la pureza de los hombres y obran como si ésta fuese realidad. Conocen perfectamente los celos á que pueden

apelar para atraer á los hombres para ellas y para sus hijas. En cambio, nosotros, los hombres, lo ignoramos por poca voluntad de aprender; mas las mujeres saben que el amor más puro, el más poético como se dice, no depende esencialmente de las facultades morales, sino de aproximaciones carnales, de la manera de peinarse y del color ó del corte de los trajes. Preguntad á una coqueta corrida que se halle ante el hombre cuya conquista intenta, qué es lo que prefiere más, que ante ese hombre la prueben que mintió, que fué cruel ó hasta libertina ó bien que la presenten á él en un momento en que ella lleve un vestido de mal gusto ó mal cortado, y todas preferirán la primera alternativa. Les consta que mentimos de una manera indigna al hablar de la pureza de nuestros sentimientos, que su cuerpo solo es el que nos tienta y que mejor

pasaremos por alto un defecto cualquiera que un vestido de mal gusto ó mal cortado. La coqueta lo hace sin pensarlo, instintivamente; es por eso por lo que se viste esos odiosos cuerpos ceñidos, toma ciertas posturas y usa esos tocados que la permiten llevar al descubierto hombros, brazos y pecho.

A las mujeres, sobre todo aquellas que han tenido relaciones con los hombres, les consta perfectamente que las conversaciones sobre temas elevados no son más que *charla* y que el hombre no tiene más punto de mira que el cuerpo y todo lo que constituye á dar relieve á éste y obran en consecuencia. No hay para qué buscar por qué serie de circunstancias se encarnó en nuestras costumbres ese hábito que se convirtió en una segunda naturaleza. Consideremos la vida de las diversas clases

de la sociedad en todo su impudor; ¿no es en realidad la de una casa pública? ¿No lo creéis así? Pues voy á demostrarlo,—dijo anticipándose á mi objeción.—En vuestro concepto las mujeres de la clase social á que pertenecemos tienen intereses muy distintos de los de las mujeres que viven del vicio. Sostengo yo que no y voy á probarlo. Cuando las personas se proponen distinto objeto, viven vida muy distinta y esas diferencias han de aparecer en lo exterior, debiendo ser todo muy distinto. Comparad á esas desdichadas con las mujeres de la clase más elevada, ¿qué veis? los mismos tocados, los mismos modales, iguales perfumes, idénticos descotes, brazos al aire y pechos al descubierto, igual afición á la pedrería y á las alhajas. Hasta los placeres, es decir, bailes, música y cantos son iguales. Para unas y para otras

todos los medios son buenos con tal de atraer. Hablando con entera franqueza, la mujer que peca momentáneamente por vil interés, es despreciada de todos...; la que peca toda la vida obtiene el respeto general. Fueron esos cuerpos ceñidos, esos cabellos rizados, esos modales seductores los que me atraieron.

VII

No era difícil, en verdad, hacerme caer en un lazo, porque con mi educación sentíame atraído hacia el amor como el viajero del desierto se siente atraído por el espejismo. ¿No es una alimentación abundante un excitante para los ociosos? los hombres de nuestra clase se alimentan como caballos padres. Si se cierra la válvula de seguridad, es decir, si se condena á un joven lanzado á la vida del pla-

cer á seguir otra más tranquila, se verá como aparecen en seguida una excitación nerviosa y una inquietud tan terribles como extraordinarias, que, miradas á través del prisma de nuestra vida artificial, se convertirán en una ilusión que se creará que es amor. El amor y el matrimonio dependen en gran parte del alimento. ¿Os asombra esto? Pues más extraño aun es que esto no haya sido reconocido universalmente. En mi país hicieron este año algunos trabajos para un ferrocarril. Ya sabéis qué es lo que beben y comen generalmente nuestros aldeanos, que es sidra hecha con cebada, pan y cebollas, y esto les basta para poder trabajar bien el campo. En las obras del ferrocarril les daban gachas hechas con harina y grasa y además una libra de carne; pero esta alimentación más sólida tiene su compensación en «dieciséis»